

Consta de los artículos:

LA IMPRONTA. (1)
ORIGEN DE LOS VIENTOS DE FRONDA (2)
PACTOS, DESASOSIEGO Y REBELDIA (3)

José María Cañas

El 15 de Mayo e inauguración de las brigadas de choque (4)

Dijo Octavio Paz con palabra sabia que hace siglos no oía este cura: "Los artistas deben dirigir, no a las sociedades, sino su pensamiento hacia ellas". Y como mal que bien, el que aquí escribe hace uso de esta fauna sin ser artista, vengo a declarar, antes de que se me adelante algún caballero, que lo hago, no dentro de los moúdes que el ilustre mejicano indica, sino con el derecho que tiene todo ciudadano de llamar a los bombros si, previamente, ha prendido fuego a su propia casa. La patria, después de todo, es eso: la casa de todos. Sirvan estas palabras de excusa a la dilatada serie en que estoy metido con fe en Dios de no enredarme antes de darle término.

ooOoo

El desfile del 15 de Mayo sorprendió a los despistados, poco informados y desavisados capitalinos, que bien pronto, de comentario en comentario y de rumor en rumor, ensancharon el tema desde la calle hasta los hogares. La ciudad, entera, comentó el hecho y por el periódico quedó al cabo de la calle de lo que se trataba.

El costarricense es perezoso, lento de pensar, amigo de la paz. Pero tiene, por socarrón y por su costumbre inveterada del análisis político, la adorable virtud de no chuparse el dedo. Si los gobernantes de entonces no sabían esta cualidad nacional, estaban con una información envejecida.

La costumbre —no sé (por no ser abogado) si era por ley— que en la Casa Presidencial se recibían los telegramas de las votaciones, los leía el Sr. Presidente a la sazón, y los entregaba a los locutores de radio (entre los que gastaba suelas con veinticinco colones semanales el que ahora está escribiendo estas farragosas informaciones políticas de otrora) quienes hacían llegar los datos a los hogares. La Ley de la Reforma Electoral que proponía el Ejecutivo trasladaba esta función al Congreso, cuerpo eminentemente político que ha padecido, padece y seguirá padeciendo del defecto de ser un "Cuerpo Colegiado". Como va lo dije en ocasión pasada ("Responso y Funerales al Individualismo", Pág. 62 "Ensayos" "Editorial Costa Rica" 1972) "El Cuerpo Colegiado" cuyas posibilidades de inmunidad y acción constituye uno de los más fascinantes fenómenos de las comunidades modernas" (Edad). En realidad, la ciudadanía se dio cuenta exacta de que el punto climático de la elección pasaba, de ser responsabilidad del Sr. Presidente a serla de un cuerpo inmune, cuya responsabilidad se repartía o prorrateaba entre el número de caballeros que lo integraban. Parecía que tal maniobra estaba preparando el campo y la situación necesaria para un hecho indebido cuya entera carga histórica sería mejor homeopatizarla entre muchos para salvar al Jefe del Poder primero de la República.

Conforme el costarricense dábase cuenta de esta ver-

dad encubierta tan de mala manera que se le veían las patas al zorro, se indignaba; una de las pocas cosas que indignan al pueblo nuestro aun en su época de "domesticación" —es que le toquen su derecho a elegir— con lo que fue amamantado desde "güilla".

Se caldearon los ánimos. El tema se hizo general. La discusión abarcó hogares, cantinas, calles, voló a las provincias y un profundo malestar escolofrió la columna vertebral del país. Entonces fue cuando apareció don Rafael Sotela.

Era alto, fuerte, sólido, callado y recto. Lo conocí de cerca y en un pequeño tropiezo con él, años antes debido a mi poca educación de joven inexperto, me apresure a darle explicaciones convencido de que habíame portado como un bruto. Fue entonces el momento que develé su espíritu de señor reposado y tranquilo, generoso e hidalgo. Y desde entonces hasta su muerte, años después, mantuve por su figura ciudadana un callado respeto.

Don Rafael Sotela, dueño a la sazón de la estación de radio "Titania", se sumó a la batalla y emprendió continuas, serias, nobles alocuciones en contra de la Reforma. "Titania" pasó a ser la estación más oída del país —en tiempos en que no había "rating"— por el poder no dialéctico, ni jurídico, sino por el más profundo de su patriotismo. "Chachalaca" lo motejaron los gobiernistas y él, como era su propio estilo, aceptó el mote e hizo uso de él con inimitable señorío. A él se le debió la fuerza incontestable del movimiento, y pasó, en pocos días de la oscuridad de un ciudadano ejemplar al de un gran patriota de palabra sencilla y convencedora.

El Gobierno retiró del Congreso la reforma y las aguas tornaron a su nivel natural.

Pero la ciudadanía quedó entrada de que sobre la Patria se cernía una pesada sombra de tormenta. Con el pulso alterado, la campaña política para el próximo periodo subió de calor y la ciudadanía se polarizó en los dos extremos candentes, CORTES o PICADO.

ooOoo

La Inauguración de "Las Brigadas de choque", infortunada idea comunista, no pudo tener mejor escenario ni ocasión más óptima para su lucimiento. Revistió todo el atuendo de un terrorífico acto nacional. A pesar de no estar en el "ajo", pareciera deducirse que la derrota en el campo de la Reforma Electoral dio un disgusto muy serio a los que manejaban la cosa pública.

Los comunistas habían estado muy activos en los años anteriores a estos sucesos. La visita de Lombardo Tolezano, la presencia en el campo de acción de Braña, un asturiano o vasco —del que soy amigo y admirador ahora— con "toda la pata", que había hecho la guerra ci-

vii española, (como un "jabato", que dicen de los valientes en España), la Secretaría del partido en manos de un inteligente abogado joven, Manuel Mora, que se convertiría con el tiempo en un sólido y capaz ciudadano de izquierda respetado por el país, trajeron las huelgas del Atlántico, los tiros del Pasaje Recia, etc. Pero cometieron el error de no acertar cuando creyeron llegado el momento de entrar de lleno en la acción directa.

Y la acción directa, en la parla común y doméstica, quiere decir, dar estacazos a los prójimos que no piensan como piensa el que tiene la estaca en la mano.

Y llegó el día de la manifestación en que el partido Cortesista efectuaba su reunión; todavía sin salir a la plaza pública, en los patios de la firma cafetalera de "Julio Sánchez Sucesores". Una gran multitud se aglomeró en la amplia calzada de cemento. Azuzados y adoctrinados por sus jefes —ciegos de pasión por su ideología— las "brigadas de choque" hicieron contacto con la muchedumbre. Era una organización monotonera, sin disciplina militar, sino como lo que después llegaría a ser la guerrilla urbana. Armados de garrotes y de "black-jack" entraron en batalla con los indefensos manifestantes. Fueron minutos de desbande, de pánico y confusión. De todo ello quedó tirado en el suelo y muy mal herido, uno de los más respetados hombres del partido, el distinguido doctor don Roberto Jiménez Ortiz, odontólogo de sólido prestigio profesional, hombre de escasa representación política, pues hacía vida de trabajo y hogar. Hermano de la numerosa familia Jiménez Ortiz —don Lico, don Carlos María, don Ramón, don Chico— que sí habían tenido relevante personería en la política nacional, sobre todo los dos primeros, pues uno de ellos fue candidato a la Presidencia, y Ministro de Hacienda el otro.

Don Roberto era bajo, ancho, fuerte, macizo. Ello explicaba el ensañamiento.

Estuvo entre la vida y la muerte; por la salvajada de una golpiza inmisericorde en órganos de extrema peligrosidad. Todo el país siguió con pena y en silencio, el curso de aquel hechinédito hasta entonces en la ardiente política de la época y de las anteriores.

La ciudadanía quedó atónita. Se tuvo la impresión de que aquello no era de la Patria y no podía registrarse en nuestro acaecer cotidiano. Poco a poco, cada costarricense pulsó el clima que imperaba, la cercanía del atropello y tomó partido. ¡Tomó partido!

Pero de ese momento, del momento en que tomó partido, vamos a hablar después. Antes, deseo traer a estas páginas al presidente Cortés, que iniciaba en aquellos dramáticos y ya lejanos días la ascensión al monumento que los costarricenses levantaron en bronce de él.